ICONOGRAFIA MARIANA EN EL ORIENTE BIZANTINO

POR

FRANCISCO AGUIRRE

En el Oriente bizantino, lo mismo que sucede en los países latinos, la devoción y las diversas advocaciones marianas están íntimamente unidas a las imágenes de la Stma. Virgen, que, como es bien sabido, allí son siempre pinturas o iconos por haber prevalecido en el rito bizantino la costumbre, hoy ya ley litúrgica, que prohibe el uso de las estatuas o imágenes talladas en los actos del culto. Por el testimonio de los más antiguos escritores cristianos, Tertuliano, Minucio Félix, Orígenes etc., se prueba la existencia de imágenes sagradas en la iglesia primitiva. Eusebio nos refiere la historia del retrato akerópito a Cristo, que el mismo Salvador habría enviado al rey Abgario de Edesa. Las iglesias principales de Oriente y aun de la misma Roma y no pocas del Occidente, se glorían de tener imágenes de la Stma. Virgen pintadas por San Lucas, o crucifijos tallados por Nicodemos, como el que se venera en nuestra Cámara Santa. Claro está que tales tradiciones no traspasan los límites de lo legendario pero son al menos una prueba de lo arrai-

gado que estaba en la primitiva Iglesia el culto de las santas imágenes.

El arte cristiano, que después de dada la libertad a la Iglesia por Constatino, había logrado crear en el Oriente monumentos tan maravillosos como los mosaicos de Sta. Sofía de Constantinopla, San Vidal de Rávena y los Santos Apóstoles de Tesalónica, sufrió un grave quebranto con la persecución de los emperadores iconoclastas en el siglo VIII. Lograda la victoria definitiva contra estos herejes después de de la muerte del emperador Teófilo en el año 842, la iconografía vuelve a conocer un período largo de esplendor y florecimiento. Fué tan importante este hecho que la iglesia griega para conmemorarlo instituyó una fiesta, que aun hoy celebra en el primer domingo de cuaresma, que se llama la fiesta de la Ortodoxia o el triunfo de la verdadera doctrina católica contra los errores de los iconoclastas.

Y así como los principales campeones de esta lucha fueron los monjes, fué algo natural que también estos hubieran tomado a su cargo, como una de sus ocupaciones monásticas, el cuidarse de la iconografía en la iglesia. De este hecho proviene ese tradicional rigidismo del arte bizantino que tanto contrasta con la iconografía occidental.

En Occidente hasta el siglo XIII se siguió con bastante fidelidad la tradición bizantina. Ejemplo de ello los antiguos frescos catalanes en nuestra patria, las miniaturas del libro de los testamentos de nuestra catedral, los italianos primitivos, etc., pero desde esta época y sobre todo desde el renacimiento, la pintura religiosa dejó de ser obra de clérigos y monjes y pasó a manos de seglares que buscaron modelos vivientes para pintar los personajes sagrados. De aquí el naturalismo de sus obras que son verdaderos retratos aún en las artistas más idealistas y desprendidos de lo material como nuestro genial Theotokópulos. El arte bizantino por el contrario permaneció fiel a la tradición. Sus artistas siguen siendo casi exclusivamente clérigos y monjes, que hubieran considerado como un grave sacrilegio copiar un modelo humano

para pintar las sagradas imégenes de Cristo o de la Stma. Virgen u otro Santo. Al contrario, tienen como sistema apartar sus imágenes de todo aquello que pudiera recordar demasiado lo terreno y mudable.

Es natural que este arte, que sirve exclusivamente a un fin religioso y demasiado ligado a una tradición artística, adolezca de falta de espontaneidad y hubiera caído necesariamente en la decadencia a fines del siglo X.

Pero entonces, cual si quisiera salvarlo, la divina Providencia le abrió un nuevo horizonte. Rusia se convirtió al cristianismo en el rito bizantino y esta nación joven, pletórica de vida, asimiló perfeccionándolo, el arte de la antigua y decadente Bizancio y surgieron las famosas escuelas de Kiew y Novgorod de donde proceden esos iconos tan bellos, llenos de expresión dentro de las normas clásicas del arte bizantino, muchos de los cuales ahora han venido a parar a nuestra patria traídos por nuestros hermanos, que allí fueron un día a vengar las ofensas inferidas a la patria y a combatir al ateísmo comunista.

Pero sería dar demasiada extensión a este modesto trabajito, si hubiera de ocuparme del arte ruso bizantino, ni tampoco quiero ocuparme de aquellas imágenes de la Virgen de origen propiamente oriental y bizantino pero conocidísimas en Occidente en donde ya han adquirido, por decirlo así, carta de ciudadanía como Nuestra Señora del Perpétuo Socorro, la *Cardiótissa* de los griegos, llamada Nuestra Señora de la Pasión por los rusos, por los dos ángeles S. Miguel y S. Gabriel, que a ambos lados sostienen la cruz y los instrumentos de la pasión, ni de la Virgen de Grottaferrata etcétera. Me voy a limitar tan solo al tema, a las imágenes o advocaciones de la Santísima Virgen exclusivas del Oriente Bizantino.

Generalmente la Santísima Virgen está representada en estos iconos como majestuosa Señora, gravemente vestida pero sin lujo de joyas, cubierta la cabeza con un velo de color, adornada de tres o al menos dos estrellas, una en la frente y otra sobre el hombro. A ambos lados aparecen las cuatro letras griegas distribuídas

así M P a la izquierda y O Y a la derecha, siglas de las palabras Μήτηρ Θεου Madre de Dios.

El niño Jesús, si la Virgen está representada con él, está de ordinario, vestido por completo pues la iconografía bizantina no permite el desnudo en las imágenes sagradas a excepción naturalmente del Crucifijo. Si alguna vez se encuentra alguna imagen de la Santísima Virgen que tenga al niño semi desnudo, se puede asegurar sin miedo a equivocarse que procede de un artista influído por el arte occidental.

El divino niño ordinariamente sostiene en su mano izquierda un volumen enrollado, raras veces desenvuelto, otras veces el libro de los Evangelios, que si está abierto y el tamaño lo permite, muestra generalmente la frase siguiente: Εγω ειμι το φως του Κοσμου ο ακολουθων μοι ου μη περιπατηση εν σκοτια: Ego sum lux mundi qui sequitur me non ambulat in tenebris.

Algunas veces en lugar de esto sostiene un globo, símbolo del mundo, y en este caso la Santísima Virgen tiene en una de sus manos un cetro para simbolizar que también ella participa de la potestad regia propia de su hijo.

Con la mano derecha el niño da la bendición con los dedos dispuestos, como es natural, en la forma griega: juntos y curvados el pulgar y anular y ligeramente inclinado el medio de suerte que forme cruz con el índice.

El nimbo, que rodea la cabeza del niño, está dividido por dos bandas que forman una cruz en cuyos tres extremos visibles hay tres letras que forman esta frase: O ΩΝ El que existe, como símbolo de la divinidad del sagrado Infante.

Es también muy frecuente representar al niño, aunque esté en el regazo de su madre, con facciones de adolesconte para indicar que es la segunda Persona de la Trinidad eterna.

La forma y disposición de la Virgen es varia: 1.° Puede estar de cuerpo entero, en pie y sin el niño. Tal tipo es de la llamada *Blacherniótissa* o Nuestra Señora de las Blachernias, cuyo santuario de Constantinopla fué famosísimo durante toda la época imperial.

De este mismo tipo es la que se ve en uno de los famosos mosaicos de San Vidal de Rávena.

2.° De cuerpo entero con el niño, rara vez en los brazos, sino más bien en el clípeo o sea dentro de un círculo o elipse sobre el pecho de la Madre. Es el tipo que llaman *platytera ton uranón:* más amplia que los cielos y que se encuentra representada tan frecuentemente en el fondo de los absides de las iglesias o en lo alto del interior de la cúpula central sobre el crucero, las más famosas imágenes de esta clase son la de la iglesia Cachrie-Dgiami de Constantinopla y la del monasterio de Xeropótamos del monte Atos.

El mismo motivo pero con la Virgen a medio cuerpo, aparece en la Nicopeia o de las Victorias hoy en la catedral de San Marcos de Venecia. Es una de las imágenes más populares del Oriente. Entre los eslavos se llama Nuestra Señora de la aparición porque nos hace aparecer, mostrándonoslo, a su Santísimo Hijo.

Una variante de esta misma imagen es la conocida con el nombre de Dsoodókhos pighí es decir: fuente vivificadora y es la titular de una de las parroquias más importantes de Atenas. La Santísima Virgen sostiene al niño de pie encima del pretil de una fuente de la que mana agua en tal abundancia que rebosa por encima y se derrama queriendo simbolizar así la abundancia de gracias, que Dios nos concede por medio de su Santa Madre. En algunos lugares llaman a esta Virgen Nuestra Señora de Nicea.

3.° Otro tipo representa a Nuestra Señora sentada en un trono y entonces se llama *Kyriótissa* es decir: la Señora, atendiendo al trono sobre el que está sentada. En esta postura sostiene casi siempre al niño en sus brazos y ùnicamente la representan sin él, cuando quieren representarla en los cielos en su trono de gloria rodeada de ángeles pues allí es natural que Cristo esté sentado a la diestra del Padre.

Mas frecuentes son los iconos en los que aparece la Santísima Virgen sentada, sosteniendo al niño de pie sobre sus rodillas. El trono aparece rodeado de ángeles que forman como la escolta de honor a su reina o de monjes, que postrados en tierra la veneran. Así

aparece en los famosísimos mosáicos del antiguo Monasterio de Dafni cerca de Atenas, restaurados hace aun pocos años, en San Marcos de Venecia y en otros lugares.

4.° El tipo más corriente de los iconos de la Santísima Virgen, el general y bizantino por antonomasia es el que la representa de medio cuerpo con el niño en los brazos. Estas imágenes tienen muchísimos nombres, casi siempre indicando el lugar de origen v. gr. del Quersoneso, de Ibiron, de Jerusalén, etc. Unas veces indican el sentimiento que sus autores querían que la imagen inspirara a los fieles como de la Ternura, *Glycophilussa* o dulce amor etc. En todas ellas la Santísima Virgen aparece con los atributos ya antes señalados: manto, estrellas, niño, etc. Por esta razón es tan frecuente oir decir a los occidentales poco habituados a estas pinturas cuando ven un icono: Es igual que la Virgen del Perpétuo Socorro y tienen algo de razón pues todas se parecen por los motivos ya antes citados.

En algunos iconos la Santísima Virgen, además del niño, sostiene una pequeña escalera de mano para indicar que la Virgen es la verdadera escala de Jacob, que conduce de la tierra al cielo o a Cristo como decimos hoy: «ad Jesum per Mariam». En otras la Virgen o el niño sostienen un ramo de flores como nuestra Virgen de Covadonga y otras imágines de Occidente. En alguna el niño tiene una o dos palomas y en otras, llamadas de *las tres joyas*, la Virgen acaricia al niño Jesús y a San Juan Bautista representado también como niño. Pero hay que confesar que todas estas son de más o menos influencia occidental, lo mismo que las que la representan con el niño semidesnudo o dándole de mamar, la *galactotróphusa* de los griegos, semejante a la llamada del Pilar o de la puerta de la capilla del Rey Casto de nuestra Catedral.

5.° Es interesante la advocación de *Trichérussa* o de las tres manos, llamada así porque a un lado, en la parte inferior, está representada una mano, que es el exvoto, que según la tradición, San Juan Damasceno colocó junto al icono de la Virgen después que ella le hubo curado de la herida, que en la mano derecha le

habían hecho por haber defendido el culto de las santas imágenes contra los iconoclastas.

6.° No faltan tampoco en Oriente, como en el Occidente, imágenes que representan diversos pasajes de la vida de la Santísima Virgen. Los más conocidos son la Anunciación o *Evanghelístria* cuyo santuario principal está en la isla de Tinos, el santuario mariano más famoso de todo el Oriente; amplio edificio relativamente moderno, rodeado de pórticos en los que como en los pórticos de la antigua piscina probática yacen multitud de enfermos que no solo de Grecia sino de todos los Balcanes, vienen a implorar la salud por intercesión de la Santa Madre de Dios y beben devotamente el agua de la fuente que nace debajo del Santuario por lo que suelen llamarlo el Lurdes de la «Ortodoxia».

El templo está lleno de exvotos, en su mayor parte pequeñas lámparas y barcos de madera y metal que cuelgan de las bóvedas los devotos agradecidos a la Virgen por haberlos salvado de la enfermedad o del naufragio. El icono, que representa la Anunciación, rodeado de un marco de oro y materialmente cubierto de brillantes, se guarda en una caja fuerte, cuando no está expuesto a la veneración de los devotos.

Es también muy corriente el icono de la dormición que representa a la Santísima Virgen en su lecho de muerte y en la parte superior subiendo en cuerpo y alma a los cielos. El ejemplar más rico que he visto de éstos es el de la catedral de Atenas dedicada a la Santísima Virgen. (De él ya me he ocupado en otra ocasión).

7.° Un poco más raros y por lo tanto menos conocidos, son las imágenes de la Virgen como especial protectora de los monjes del monte Atos. La Virgen aparece vestida con el hábito monástico y entonces se la llama la *Gheróndissa* esto es la Superiora. Otras veces hay ante ella un vaso grande y entonces es la *Económissa* o administradora, como en el Monasterio de la gran Laura en el que según una antigua tradición, la Virgen hace este oficio desde el cielo, proveyendo a los monjes de lo necesario para la vida y por esto motivo el cargo de ecónomo está siempre vacante supliendo

sus veces un monje que lleva el título de vicario del Ecónomo.

Algo semejante ocurre también en la mayor parte de las órdenes religiosas latinas, casi todas tienen a la Virgen como protectora y la representan vestida con el hábito propio de la Orden como Nuestra Señora del Carmen, de la Merced, del Rosario, etc.

8.º Otro tipo es el llamado de la *Déisis.* En estos iconos Cristo suele aparecer en el centro sentado en un trono, revestido con los atributos reales, la túnica y la corona imperial de los basileus. A su derecha aparece su Madre Santísima vestida también de reina y a la izquierda San Juan Bautista con el hábito de penitencia con que lo describen los evangelistas. Se llama *Déisis* que significa súplica u oración, porque los dos Santos aparecen en actitud de orar o interceder ante Cristo por el mundo (1).

Este icono dificilmente falta en las iglesias bizantinas y es interesante el que se ha descubierto hace pocos años en mosaico en Santa Sofía de Constantinopla y representa, a más de los personajes dichos, a Constantino el grande ofreciendo a Cristo una maqueta de la ciudad de Constantinopla y a Justiniano que ofrece otra del templo de Santa Sofía por él edificado. Otro mosaico muy semejante, del mismo asunto, se encuentra en el nartex interior de la iglesia de la famosa abadía griega de Grottaferrata.

Hay una variante de este mismo tipo en la que el Salvador, en lugar de aparecer sentado en el trono, revestido con los atributos de la realeza, aparece crucificado. Quizá esta interpretación de la *déisis* sea más profunda y teológica. La Santísima Virgen y San Juan Bautista interceden por el mundo ante el único mediador entre Dios y los hombres, Cristo, que en la cruz cumple sus funciones sacerdotales de Pontífice supremo que ofrece al Padre el único sacrificio agradable que podía reconciliarlo con la humanidad pecadora. La oración de la Iglesia en la tierra y la intercesión de

---

(1) Este mismo motivo aparece en la gloria o parte superior del famoso cuadro del Greco: El entierro del Conde Orgaz.

los Santos en la gloria llega al trono de Dios *per Christum Dominum*.

9.º El tipo de la *Odighitria* tan conocido y extendido por todo el Oriente, representa a la Santísima Virgen sosteniendo al Niño en un brazo y con la mano del otro en ademán de mostrarlo a los devotos. De esto le proviene el nombre de hodighítria que significa: la que muestra el camino o guía. Cristo es el camino como dice el Evangelio: *Ego sum via* y su Madre Santísima quien nos dirige y lleva a él o si se quiere, élla es el camino para llegar a Cristo.

Nótese como este concepto de mediación universal que nos parece una aportación nueva de la Mariología, se encuentra ya claramente expresado en la devoción bizantina a la Madre de Dios, como aparece en sus imágenes. Finalmente, no quiero terminar este trabajo sin hacer mención de un cuadro de la Stma. Virgen, que aunque no sea ni bizantino, ni de origen oriental entra en algún modo en este tema. Me refiero a la Virgen *Faneroméni* o la Aparecida, venerada con igual devoción por «ortodoxos» y católicos en su santuario de la isla de Tinos en el Egeo. Es el santuario más famoso del próximo Oriente pero no es de rito bizantino sino de rito romano o latino.

Tuve ocasión de ir a venerar esta santa imagen de la gloriosa Madre de Dios y desde el puerto al Santuario, que está en un pueblecito del interior, hice el viaje con un sacerdote de la isla, también de rito romano, al que pregunté por el origen y significación de esta advocación mariana, la *Aparecida*. Mi compañero de viaje, que debía de ser poco aficionado a curiosidades históricas, me dijo que no estaba cierto pero que le parecía que por el vestido blanco con que estaba representada la imagen, y por el nombre y aun por el día en que celebraban allí fiesta, que se trataba de la Virgen de Lurdes o aparición de la Inmaculada. Cual no sería pues mi sorpresa cuando al arrodillarme ante el altar mayor del templo y fijarme en la santa imagen, me encontré que era la españolísima Virgen de Nuestra Señora de la Merced de Barcelona como lo demostraba sin dejar lugar a dudas su manto y escapulario blanco sobre el que aparecía claramente el escudo de las barras de Ara-

gón y la cruz de la catedral de Barcelona. Se trata de una tabla grande de estilo renacimiento, a mi parecer del siglo XVI o XVII de escaso valor artístico. Con la curiosidad natural pregunté al párroco de la iglesia quien tampoco supo darme razón de como había venido a parar allí aquella imagen. Me dijo que hacía ya siglos que allí se veneraba, que hacía muchos milagros, que los ortodoxos habían querido llevarla a su iglesia pero que milagrosamente la imagen había vuelto otra vez a su santuario católico pero no pude sacar nada cierto acerca de su origen en la isla. Quizá alguno de los padres Mercedarios de nuestra España, que después de la batalla de Lepanto se dedicaban al rescate de los cristianos cautivos de los turcos, la llevó allí en alguna de sus excursiones de redención y la dejó al grupo de católicos de origen genovés que vivían entonces en ese pueblo y de quienes descienden sus habitantes de hoy. Lo que sí aseguro es que tuve una alegría grandísima y sentí honda emoción al ver que la imagen de María más venerada y amada por el actual pueblo griego católico, la que los animó y consoló en sus luchas por conservar la verdadera fe entre los peligros del cisma, fué un regalo de España, a la que por algo llaman la patria de María Santísima.

Termino con un recuerdo de mi estancia en el Oriente. Cuando estuve en Atenas antes de la última guerra mundial, me hospedaba como de costumbre, con los sacerdotes seculares de rito oriental que viven en comunidad con el Obispo católico de la ciudad Monseñor Ceorgios Khalabádsis, pero como en su iglesia no había ornamentos ni misal de rito latino y yo no estaba entonces facultado para usar el rito oriental, tenía todas las mañanas que dar un largo paseo desde la calle de Akharnón, situada en un extremo de la ciudad, a la calle de Heptanisu en donde está la capilla latina de los Padres Asuncionistas para celebrar en ella la Santa Misa. Al atravesar unos solares medio urbanizados pasaba todos los días ante las ruinas de una vieja capilla, dedicada a la Santísima Virgen. De ella no quedaban ya más en pie que las paredes. El tejado y la bóveda se habían hundido y formaban un gran mon-

tón de escombros en el interior sobre el que crecían ya las malezas lleno de tierra y suciedad por el transcurso, al parecer, de muchos años. Como las puertas habían ya desaparecido, por el hueco que antes ocupaban, se veía bien el interior al pasar ante ella y atraído por la curiosidad de examinar unos restos de pinturas, que aparecían en la pared del fondo, entré un día dentro del recinto. En efecto, en el fondo había un pequeño ábside que en otro tiempo debió de cobijar al altar, y resguardado allí de la lluvia, se conservaba aún bastante bien de colorido el icono de la Virgen patrona de la capilla pintado al fresco; un icono bizantino, como hay tantos en aquel país, sin mérito alguno artístico, obra quizá del siglo pasado y de un modesto autor anónimo. Pero me impresionó al ver en tierra ante la imagen un pequeño ramo de flores, margaritas y otras flores silvestres cogidas de las malezas que por allí crecían abundantes y en un vaso roto y sucio un poco de aceite en el que lucía una lamparilla. Se ve que algunas personas del barrio rendían devoción a la Santísima Madre de Dios y querían tributarle este sencillo homenaje de culto y amor en su imagen que aun quedaba allí abandonada entre las ruinas. Me conmovió este hecho y yo también quise poner algo de mi parte y recé un Ave-María. Después todos los días al pasar saltaba otra vez entre los escombros para repetir esta corta oración y siempre observaba lo mismo: nunca faltaban las flores y la lamparilla o bien en el vaso o en el fondo de una botella rota o un cirio pequeño fijado en el suelo y resguardado con piedras o cascote para que no lo apagara el viento.

Al volver después de once años y con facultad para celebrar en rito bizantino ya no tuve necesidad de dar mi matinal paseo en dirección a la capilla latina pero fuí una tarde al antiguo solar a ver que quedaba de las ruinas de la capilla griega y si aun los devotos seguían alumbrando y llevando flores a la imagen de la Virgen.

Me costó trabajo conocer el sitio, había sido urbanizado por completo. Era una plaza de grandes edificios de estilo moderno y

en el lugar que ocupaban las ruinas de la vieja capilla se levantaba ahora una bella iglesia de estilo bizantino con su achatada cúpula de cemento armado flanqueada por dos torres. Entré dentro y en lugar del viejo y deslucido icono, en el iconostario aparecía ahora uno nuevo y artístico en el que la Santa Madre de Dios nos miraba dulcemente y nos mostraba su Hijo santísimo que sonriente nos bendecía.

Pues bien esta historia, al recordarla ahora, me parece un símbolo de lo que es la iglesia bizantina separada de la unidad católica: Una iglesia en ruinas que se va destruyendo y convirtiendo en un montón de escombros. Allí hay aun almas buenas, que duda cabe que están de buena fe en el error pero son flores que nacen espontáneas y carecen de los cuidados de un jardinero que las cultive. Sus luces no son ya los doctores ecuménicos que sirvieron de faro al mundo cristiano, el vaso roto y sucio en que arde su luz mortecina apenas deja pasar la claridad para que pueda iluminar en su derredor pero conserva aun muy vivo y férvido el amor a la Santísima Madre de Dios. Aunque sea entre las ruinas allí está María con su Hijo en los brazos. Por lo tanto podemos abrir el corazón a la esperanza. Si según dicen los que tratan de materias espirituales, es imposible que se condene un fiel devoto de María, la iglesia griega que tanto la venera, no puede quedar definitivamente sepultada en el error. La celestial Señora, cuando llegue la hora fijada por Dios, la sacará de él, la hará tornar a la casa del Padre común, a la santa unidad católica de Roma y entonces surgirá de las ruinas, renovada la verdadera iglesia griega a continuar las glorias pretéritas de su historia, a cumplir el deseo de Cristo: Pater ut sint unum ricut et nos. Padre, que sean uno, como nosotros somos uno. Joan. 17, 12.